

Introducción a *La visita del inspector*

John Atkins

FONT: Atkins, John. (1996) *Introducción* dins de “*La visita del inspector*” de J.B. Priestley.

Hospitalet de Llobregat: Aula de Literatura. Vicens Vives

UN ESCRITOR CONTROVERTIDO

Priestley es un escritor difícil de catalogar en la literatura inglesa del siglo XX. A pesar de su evidente talento literario y de la admiración que concitaba entre el público lector, no consiguió despertar el interés de los intelectuales de su época. La razón de esta peculiar situación fue, probablemente, que se dio a conocer con un éxito de ventas, la novela *Buenos camaradas*, y luego pasó a escribir novelas y relatos que iban obviamente dirigidos a un mercado más refinado, así como piezas dramáticas experimentales en una época de decadencia del teatro británico. Los intelectuales y profesores suelen desconfiar de esta promiscuidad. Piensan que un escritor debe entretener a un público amplio o bien dirigirse a los hombres de letras, pero no ambas cosas. Priestley, sin embargo, lo hizo, disfrutó con ello y exasperó a sus oponentes. Y ésta es una cuestión esencial para entender al hombre y a su obra.

Vocación literaria

John Boynton Priestley, hijo de un maestro, nació en 1894 en la ciudad de Bradford, al norte de Inglaterra. En aquella época las ciudades industriales de Yorkshire, aunque enriquecidas con el comercio de la lana, habían llegado a ser sinónimo de miseria. Bradford, sin embargo, tenía una activa vida cultural, particularmente en el terreno musical, y el joven Priestley participó en ella con el mayor entusiasmo. El padre deseaba que John consiguiera un empleo estable, de manera que, al terminar sus estudios, el muchacho empezó a trabajar en el escalón más bajo del comercio de la lana. Pero sus ambiciones se orientaban en otra dirección, pues con tan sólo dieciséis

años escribía ya con bastante regularidad para la prensa local. El estallido de la guerra en 1914 fue, en cierto modo, su salvación, ya que Priestley hubo de abandonar su empleo para alistarse en el ejército. Combatió durante todo el conflicto y lo hirieron en dos ocasiones - una muy gravemente, aunque se recuperó sin secuelas. En su carrera literaria evitó las referencias -excepto muy de pasada- a sus experiencias en la guerra, una actitud muy poco frecuente entre ex-combatientes.

Dedicación periodística

En 1919 lo desmovilizaron y estudió en la universidad de Cambridge con una beca del Gobierno, redondeando sus ingresos con el periodismo literario. El decenio de 1920 fue, en algunos aspectos, una época maravillosa para los escritores jóvenes porque había muchísimas revistas y semanarios dispuestos a publicar ensayos breves y reseñas de libros; muchas más, de hecho, que en la actualidad. Las primeras experiencias de Priestley en la escena literaria fueron, pues, en calidad de ensayista. Durante ese periodo publicó cinco volúmenes de ensayos y artículos, además de dos novelas sin especial relieve y una colaboración con Hugh Walpole, novelista ya consagrado. Pero en 1929 dio a la imprenta la novela *Buenos camaradas*.

El éxito literario. Un escritor prolífico

Buenos camaradas es uno de los libros más populares del siglo XX en Inglaterra. Se trata de una novela muy larga, en clave picaresca, de tono amable y optimista, y siempre entretenida; en ella se narran las aventuras de una compañía itinerante de cómicos de segunda categoría que viaja por Inglaterra junto con su acompañante y valedor, un anciano de Yorkshire con una imperturbable actitud ante la vida. Los editores de Priestley se resistieron en un primer momento a publicar el libro: era demasiado largo, el tema parecía pasado de moda y el título -que el autor se negó obstinadamente a cambiar- provocaría el rechazo de los lectores más exigentes. Una vez publicado, los críticos lo desdeñaron por ser una obra «para lectores sin cultura»,

pero vendió un increíble número de ejemplares, se tradujo a más de cuarenta idiomas y enriqueció a Priestley, probablemente el escritor más acaudalado de su generación.

Este éxito editorial fue seguido de un asombroso número de obras de los géneros más dispares. De Priestley se dijo con frecuencia que escribía demasiado, un punto de vista con el que el mismo interesado tendía a estar de acuerdo. Pero su inquieta mente era incapaz de reposo. Entre esa plétora sobresalen algunos títulos de interés: novelas como *El callejón del ángel* (1930), *Día luminoso* (1946) e *Imperios perdidos* (1965); obras de teatro experimentales, en las que se plantea el misterio del tiempo: dos piezas teatrales que sin duda conservan plena vigencia, *Cuando estamos casados* (1938) y *La visita del inspector* (1947), obras semiautobiográficas como *Medianoche en el desierto* (1937), que también es un retrato de la sociedad occidental contemporánea, *Llueve en Godshill* (1939), y *Margen liberado* (1962); y la notoria *La literatura y el hombre occidental* (1960), que relaciona la escritura de creación con el inconsciente; también cabe mencionar *Viaje por Inglaterra* (1934), libro en que recoge sus experiencias de dicho viaje y que agudizó la conciencia social del escritor. En una sucinta bibliografía de su obra, que comprende ciento dieciocho títulos, esos son los más destacados. Pero muchos otros siguen siendo dignos de atención.

EL INTRINCADO PROBLEMA DEL TIEMPO

Tres de sus dramas experimentales están relacionados con el problema del Tiempo: *La herida del tiempo* (*Time and the Conways*, 1937), *Estuve aquí una vez* (*I have been here before*, 1937), y *Allende el Jordán* (1939). No es éste el lugar adecuado para detenerse en las ideas peculiares de Priestley sobre el tiempo (tema al que dedicó un libro extraordinariamente erudito, *El hombre y el tiempo*), excepto para decir que intentó la difícil tarea de expresar en términos teatrales los conceptos filosóficos de dos pensadores, P. D. Ouspensky y J. W. Dunne, hoy en día un tanto desacreditados. Priestley tomó de Dunne la idea de que hay ciertos sucesos del futuro de los que podemos tener una vislumbre en sueños o en estado de vigilia; y de Ouspensky incorporó la noción de que los sucesos tienden a reproducirse a lo largo del tiempo de

una forma cíclica, y sólo a algunas personas con dotes especiales les es dado cambiar el curso de los acontecimientos. Su teoría parte del principio de que, de la misma forma que el espacio tiene tres dimensiones, también existen dimensiones adicionales en el tiempo.

La herida del tiempo es un buen ejemplo de cómo Priestley consiguió dar forma teatral a esas ideas. En el primer acto los Conway aparecen como una familia unida y feliz. El único momento triste se produce cuando aluden al padre, que ha muerto ahogado. Una de las chicas sugiere que habría sido posible predecir su destino. ¿Pudo el padre prever vagamente lo que el futuro le deparaba?

El segundo acto transcurre dieciocho años después. Se hace evidente el deterioro psicológico de todos los personajes, con excepción de Alan, considerado de ordinario gris y desprovisto de ambición. Los demás personajes se han endurecido o se han vuelto gruñones, desilusionados o frustrados, sin ánimos y sin esperanza. Hazel, la más bonita de las hermanas, se ha casado con el muchacho torpe y poco agraciado a quien despreciaba –convertido ahora en un hombre rico y vengativo–, mientras que Carol, la más bondadosa de todas, ha muerto. Kay lanza el dedo acusador contra los efectos devastadores del Tiempo: «Hay un poderoso diablo en el universo al que damos el nombre de Tiempo», a lo que Alan replica que el Tiempo es como un sueño y «no destruye nada. Sencillamente nos conduce, en esta vida, desde un punto de vista a otro».

El tercer acto regresa a la época del primero y es prácticamente su continuación, sin corte alguno. Pero esa vuelta atrás nos hace contemplar a los Conway desde la perspectiva del futuro, que ya conocemos, de tal manera que las aspiraciones o potencialidades de los personajes resultan un tanto patéticas. Las vagas premoniciones que asoman en sus diálogos adquieren ahora un significado extraordinario. No todos los experimentos de Priestley estuvieron relacionados con la teoría del Tiempo. Algunos fueron de carácter técnico y en ciertos casos han sido utilizados por autores teatrales más recientes. *Desde los tiempos del Paraíso* (1950) está escrita en estilo de cabaret. *El sueño de un día de verano* (1950) nos hace vislumbrar un futuro imaginado. Pero el experimento más radical fue *La boca del dragón* (1952), obra

escrita en colaboración con J. Hawkes y en la que los cuatro intérpretes, que permanecen inmóviles durante la representación, representan sendas actitudes psicológicas: pensamiento, sentimiento, sensación e intuición. El propósito de Priestley era propugnar el uso de un lenguaje más retórico o elaborado en el teatro para reemplazar el habla moderna realista, cuestión sobre la que reflexionó largamente.

LA IDEOLOGIA DEL ESCRITOR

El reformista social

A medida que se sucedían los libros y las obras teatrales, Priestley se fue convirtiendo en un personaje público que complacía a unos y encolerizaba a otros. Sus ideas socialistas no se diluyeron lo más mínimo, pero el suyo era un socialismo moderado, no marxista, que se oponía a la revolución. Priestley se mostró partidario de declarar la guerra a la Alemania de Hitler, pero insistió en que la victoria sería inútil si no iba seguida de reformas sociales radicales. Influido por el escritor H. G. Wells, Priestley se declaró contrario al sistema vigente por considerarlo injusto y, sobre todo, contradictorio. Opinaba que los patronos, que estaban teóricamente a favor del individualismo y en contra de soluciones de carácter comunitario, arracimaban en cambio a los trabajadores en fábricas al servicio de masas. Con todo, el escritor nunca dio la impresión de creer en la idea de un mundo gobernado por el mal. El hombre, opinaba, es responsable de sus propias locuras, que son resultado de su falta de inteligencia para evitarlas o, cuando no carece de la inteligencia necesaria, de su pereza para emplearla.

Durante la guerra, especialmente en la época de los bombardeos alemanes, tres programas de radio contribuyeron a mantener la moral de la población británica. En primer lugar, los discursos que Winston Churchill pronunciaba de cuando en cuando, y en los que lo más importante era el sombrío reconocimiento de la tarea que el país tenía por delante («sangre, sudor y lágrimas») y la decisión de llevarla a término, mezclado, a veces, con burlas contra el enemigo. En segundo lugar, un espacio semanal cómico, mezcla disparatada de bromas, absurdos y burlas descarnadas contra el

enemigo. Por último, la «postdata» del domingo por la noche, que se emitía al término de las noticias de las nueve, y cuyo autor era J. B. Priestley. Conocidas en la profesión como «microcharlas», pues duraban unos siete minutos, las «postdatas» se centraban en aspectos menores pero extraordinariamente importantes de la supervivencia durante los bombardeos, la vida en familia, y la generosidad y la valentía de la gente corriente. Estas charlas convirtieron a Priestley en una figura nacional. En esas charlas, no obstante, Priestley no dejó de insistir en la necesidad de una drástica reforma social que acabara con una situación en la que amplios sectores de la población estaban condenados a un grado inaceptable de pobreza mientras una exigua minoría disfrutaba de grandes privilegios. Esa denuncia social no agradó a algunas personas instaladas en el poder, que clausuraron súbitamente el popular espacio radiofónico.

Contra la propaganda y la masificación

El descontento de Priestley con la sociedad siguió expresándose prácticamente en todos los libros y obras teatrales que siguieron. El ejemplo más notable se encuentra en *Descenso por el arco iris* (1955), que Priestley escribió en colaboración con su tercera mujer, la arqueóloga Jacquetta Hawkes. El matrimonio decidió visitar América del Norte, donde después se separarían, Priestley para estudiar uno de los asentamientos humanos más recientes, Texas, mientras que su esposa consagraba su atención a uno de los más antiguos, los indios «pueblo» de Arizona. El resultado fue fascinante. Texas, al parecer, concentraba hasta tal punto las razones del desagrado de Priestley con la sociedad contemporánea que el escritor inventó una nueva palabra para describir la avaricia comercial: *admass*.

Así denomino al sistema basado en la productividad desenfrenada, acompañada de inflación, de un nivel de vida material en alza, de un aumento desaforado de la publicidad y de las ventas, de la comunicación de masas [...] y de la creación de la mente masificada, del hombre masificado. [...] Los hombres y las mujeres integrados en *admass* no hacen más que correr [...] aconsejándose unos a otros el descanso y el disfrute de la vida, pero bloqueando las salidas que

llevan al descanso y al disfrute de la vida. Incluso lo que en otros tiempos era juego tiene también una sobrecarga de ansiedad y de responsabilidad.

Admass estaba conquistando el mundo. Y Priestley lo consideraba una amenaza a «lo que todavía perdura de la actitud comunitaria típicamente inglesa, de sentimiento de compañerismo y de equidad». Este cambio, según Priestley, se había comenzado a producir a partir de la Primera Guerra Mundial, que marcó la línea divisoria entre la civilización y la nueva barbarie, tal y como se da a entender en *La visita del inspector*. Pero la idea se enuncia y analiza en otros libros y obras teatrales: *Edén término* (1934), una de sus mejores piezas y con un título muy revelador, se sitúa, cómo *La visita del inspector*, en 1912; en otra obra teatral, *Música en la noche* (1938), un ministro dice que la época del sentido común concluyó en julio de 1914. En 1970 todavía consideraba Priestley que el decenio anterior a la guerra había sido el «más creativo». Y en 1977 llegó a afirmar que «en general, ¿era mejor la gente, digamos, de 1912, que la de hoy en día? Yo digo que sí. [En la historia] se producen retrocesos al igual que progresos y negarlo no es más que un modo de sentimentalismo». Quizá resulte extraño que un socialista elogie una época sin seguridad social, sin seguro de desempleo, sin el derecho al voto de las mujeres, sin acceso generalizado a un gran número de universidades y sin sindicatos poderosos.

El intelectual

Aunque muchas personas, en especial las mujeres, consideraban encantador a Priestley, no era un hombre de trato fácil. No aceptaba las críticas y con frecuencia su reacción era violenta y brutal. Sus admiradores lo calificaban de sabio, pero con ello querían decir que siempre tenía respuestas para todo. Si había una cuestión pública que debatir, era imprescindible recurrir a Priestley (como, en épocas anteriores, se había recurrido a Shaw o a Wells). Aquellos a quienes no les gustaba nuestro autor, hacían caso omiso de él, cosa que le enfurecía hasta el punto de hacerle lanzar más de un ataque furibundo contra prestigiosos intelectuales de la época... que en alguna ocasión no se dignaron contestar.

El papel de Priestley en la escena literaria inglesa sigue siendo una cuestión debatida debido a esa doble condición de escritor popular y experimental a la que aludíamos al principio. A muchos les desconcertó por su imagen de anciano malhumorado que, paradójicamente, poseía un extraordinario sentido del humor. En su poderosa personalidad predominaban las facetas de moralista, de escritor entretenido y espléndido comunicador. J. B. Priestley murió en 1984 en Stratford-on-Avon, la ciudad natal de Shakespeare. ¿Cabe imaginar un lugar más apropiado para un dramaturgo?

Priestley y el teatro de su época

De ordinario se ha considerado a Priestley mejor autor teatral que novelista, opinión que resulta fácil compartir. Algo que debería contar en su favor es que fue el único dramaturgo del periodo que llevó a cabo experimentos teatrales. De cuando en cuando algún intelectual rompía una lanza a favor de Priestley. El prestigioso poeta y ensayista T. S. Eliot le dijo, por ejemplo, que era uno de los escasos dramaturgos contemporáneos cuyas obras respetaba.

El aprecio de Priestley por los críticos era nulo, ya que, según él, daban con frecuencia la impresión de aborrecer el teatro y de ser unos ignorantes. Le desagradaba el tipo de público elegante que frecuentaba los teatros. Por otro lado, un Gobierno hipócrita gravaba las representaciones con impuestos excesivos mucho antes de que autor y empresario hubieran cubierto gastos. Por si fuera poco, unos y otros mantenían ideas convencionales sobre el teatro, lo que no favorecía la recepción de sus obras innovadoras. Y luego estaba la cuestión social, que no siempre parecía tener el beneplácito del público.

Algunos críticos han destacado la habilidad de Priestley como dramaturgo. Y, ciertamente, tenía una gran destreza para la arquitectura teatral (él mismo llegó a calificar su obra *Esquina peligrosa* de «cajón de trucos»); pero lo mejor de su obra combina los «trucos» teatrales con un contenido profundo o de denuncia social, y el ejemplo paradigmático es, sin duda, *La visita del inspector*.